

bre, pero hallándose sus buques en muy mal estado á causa de las tempestades que le sorprendieron durante la travesía, **1778.** tuvo que ocuparse primeramente en reparar sus averías, y no pudo hacerse á la vela hasta el 18 de octubre, dia en que se dirigió á Boston en busca del conde de D'Estaing. Pero el almirante inglés no era hombre de suerte, pues apenas llegó á la bahía de Boston, es decir el 1.º de noviembre, sorprendióle una violenta tempestad que arastrando los buques al mar, le obligó á refugiarse en Rhode-Island. Entretanto D'Estaing aprovechó aquella oportunidad para hacerse á la vela el 3 de noviembre con rumbo á la India occidental, y el mismo dia salió tambien en direccion al mismo punto el general Grant con seis buques de línea al mando del comodoro Hotham, llevando á bordo seis mil hombres del ejército inglés. De allí á poco otros dos mil hombres de tropas británicas á las órdenes del teniente coronel Campbell se embarcaron con objeto de invadir los Estados del Sur, auxiliados por el comodoro Parker. En Nueva-York quedaban no obstante suficientes fuerzas para la defensa de la ciudad.

Terminada la campaña en el norte y en los Estados del centro, Washington se retiró con sus tropas á cuarteles de invierno, situando á la mayor parte de ellas en ambas orillas del Hudson, cerca de Middlebrook, West Point y Danbury, y la artillería en Pluckemin. De este modo formóse una línea de acantonamientos al derredor de Nueva-York, desde Long-Island Sound hasta el Delaware, dispuestos de tal modo que podían reforzarse unos á otros en caso necesario. El general Putnam mandaba en Danbury, Mc Dougall en Highlands y Lincoln se encargó del departamento del Sur. La mayor parte de las tropas se hallaban

hacia la parte oeste del rio porque en aquel punto era mas fácil adquirir los víveres necesarios para abastecer al ejército. Este se alojó en barracas como en el invierno anterior, pero gracias al auxilio de los franceses esta vez se hallaban mejor equipados los defensores de América.

Las disensiones que por entonces se suscitaron en el Congreso, debidas principalmente á que los hombres mas distinguidos que eran miembros de aquel cuerpo, se habian retirado dejando en su lugar otros de poco valer é influencia, fueron para Washington un motivo de grave disgusto. Al abrirse las sesiones no solia haber presentes mas que veinte ó treinta miembros; los representantes de la mayor parte de los Estados dejaron de asistir á las sesiones con mucha frecuencia, y no faltaron en fin descontentos que hallaron bastante motivo para criticar la insuficiencia y falta de energía del Congreso. Afligido Washington por todas estas cosas y bajo la impresion del mas profundo disgusto, escribió á su amigo **1778.** Benjamin Harrison, de Virginia, con fecha 18 de diciembre, una carta concebida en estos términos:

«Para mí es tan claro como la luz del dia que América nunca necesitó tanto como ahora de la sabiduría, patriotismo y comunes esfuerzos de sus hijos; y es por cierto muy sensible que los diversos Estados, ocupándose tan solo de sus asuntos locales, retengan junto á sí á los hombres mas entendidos que debian asistir al Consejo general para el bien del pais. En una palabra, yo creo que nuestro sistema político puede compararse con el mecanismo de un reloj, y sacaremos una leccion provechosa al reflexionar que de nada sirve tener en orden las ruedas pequeñas si se descuidan las grandes, que son el apoyo y primer móvil de las demás.

»No es á mí á quien toca decir ahora en qué consiste lo que sucede, mas como nadie puede criticarme por querer bien á mi patria, anticiparé la opinion de que cada Estado, no solamente debe elegir, sino tambien obligar á sus representantes á que asistan al Congreso, proponiéndose primeramente hacer una investigacion acerca de las causas que han producido tan desagradables efectos para el ejército y en el pais, y cuidando por último de corregir los abusos públicos. De no hacer esto, no se necesita en mi concepto ser adivino para predecir cuáles serán las consecuencias de la administracion actual, y de que poco servirán las Constituciones y las leyes que están confeccionando los diversos Estados sin la cooperacion de los hombres mas entendidos del pais. Así pues, si todo se descuida y seguimos por esta senda, naufragaremos bien pronto, llevando con nosotros el remordimiento de habernos perdido por nuestra propia locura y abandono, ó acaso por el deseo de vivir tranquilos hasta el fin de esa gran revolucion en la cual deben tomar parte los hombres mas ilustres é importantes de América.

»Muy de temer es, amigo mio, que los diversos Estados no tengan una idea exacta del peligro que nos amenaza, pues muchas personas, alejadas del lugar de la accion y oyendo solo las noticias que mas halagan sus deseos, creen que la lucha se ha terminado, y que organizar el gobierno y la marcha de la política es lo único que falta por hacer. Al decir esto, yo no me refiero á ningun Estado en particular ni es mi ánimo tampoco hacer observaciones á ninguno de ellos; pero el público cree, (y si *lo cree*, pudiera tener razon) que los Estados no se hallan representados ahora convenientemente, y que se descuidan y dirigen

mal los asuntos del pais, ya por la falta de aptitud de los miembros del Congreso ó bien á causa del desacuerdo que reina entre ellos por atender solo á sus miras particulares. Si es así, debemos lamentar este contratiempo, ahora mas que nunca, porque ya hemos ido muy adelante, y segun la opinion de muchos, nos vamos acercando al periodo feliz, razon por la que Europa tiene fija la vista sobre nosotros, y acaso muchos espías políticos nos vigilan de cerca para descubrir cuál es nuestra situacion y hacer públicas nuestras debilidades y apuros.»

La sangrienta catástrofe de Wyoming, de que hemos hablado anteriormente, excitó no solo la mas profunda compasion hacia las víctimas, sino tambien el deseo de castigar severamente á los salvajes invasores; y en su consecuencia el coronel Hartley salió cierto dia con aquel objeto, seguido de su regimiento y dos compañías de la milicia. Este jefe marchó contra los indios, destruyó algunos de sus pueblos é hizo varios prisioneros, pero tuvo que retirarse bien pronto porque el enemigo comenzó á perseguirle atacándole vigorosamente, si bien Hartley pudo rechazar al fin á sus contrarios sufriendo algunas pérdidas. Para atender á la defensa de la frontera occidental, salió el cuarto regimiento de Pennsylvania con algunos tiradores de Morgan, á las órdenes del teniente coronel Guillermo Butler, y despues de una difícil y fatigosa marcha á través de elevadas montañas y profundos rios, la expedicion llegó á los pueblos indios de Unadilla y Anaquaqua, cerca de las corrientes del Susquehannah, en los cuales se encontró una considerable cantidad de trigo para las provisiones de invierno. Butler hizo destruir los pueblos y el grano, obligó á los salvajes á retirarse á una gran distancia hacia el in-

terior y de este modo sus incursiones no fueron ya tan peligrosas para la frontera.

Pero en la mañana del 11 de noviembre, quinientos indios mandados por Brant y doscientos soldados á las órdenes de Walter Butler, penetraron de improviso en la colonia de Cherry Valley, y segun parece, por culpa del coronel Alden, comandante del fuerte que allí habia, el cual hubiera podido resistir el ataque ejerciendo un poco mas de vigilancia, obtuvieron los invasores una completa victoria, haciendo en sus enemigos una espantosa matanza. Allí se cometieron actos de crueldad que la pluma se resiste á describir, y bien pronto quedó asolada toda la colonia. El juez Campbell, que refiere mas exacta y detalladamente pormenores que los límites de nuestra historia no nos permiten reproducir, cita entre otros, un caso de salvaje ferocidad que nos parece oportuno consignar aquí. «Una señorita que aunque no adornada de los atractivos de la hermosura, distinguíase por sus virtudes y su caridad cristiana, huyó de su casa y fué á esconderse detrás de un monton de madera, hasta donde la persiguió un indio que al acercarse limpió tranquilamente su sangriento cuchillo, y despues de envainarlo, cogió á su víctima por un brazo sin atender á sus lágrimas y súplicas. En aquel momento presentóse un tal Pedro Smith que habia servido últimamente como criado á la familia de Mr. Well padre de aquella, y queriendo librar de la muerte á la desgraciada jóven, dijo al indio que era su hermana; pero el salvaje desenvainó su cuchillo por toda contestacion, y amenazando con él á Smith, hizo luego un rápido movimiento y de un solo golpe atravesó con su arma el corazon de la jóven. Debe observarse que la familia de la víctima habia permanecido siempre neutral sin querer pronunciarse en favor

de uno ni de otro partido, y el mismo coronel Juan Butler, en una conversacion que tuvo acerca de aquella familia: dijo estas palabras: «Hubiera hecho cualquier sacrificio por evitar una desgracia á esa buena gente, y Dios sabe por qué mi hijo no lo ha impedido.»

Mientras que en los alrededores de Pennsylvania y Nueva-York aumentaban diariamente los horrores de una guerra salvaje, preparábase la misma calamidad para Virginia, mas pudo evitarse no obstante, gracias al valor y perseverante actividad del coronel Jorge Rogers Clarke, quien á la cabeza de alguna milicia logró penetrar en las colonias del Mississippi y apoderarse de la ciudad de Kaskaskias, perteneciente al Canadá, que juntamente con esta provincia habia sido cedida á los ingleses cuando se celebró la paz en 1763. Al llegar Clarke á Kaskaskias con un puñado de hombres, vióse rodeado por numerosas y feroces tribus, pero su valor y conocimientos militares le hicieron salir airoso de tan crítica situacion, demostrando de una manera admirable cuantas dificultades puede vencer un hombre activo y de carácter emprendedor. Formó sus planes con el mayor acierto; ejecutólos con prontitud, y sin embargo de ser la peor estacion del año, atacó repentinamente á los indios en sus pueblos y consiguió dominar el ímpetu de sus guerreros.

Al tomar á Kaskaskias, Clarke hizo prisionero á Rocheblave, gobernador de aquel punto, apoderándose de todas sus instrucciones escritas que daban á conocer el plan de campaña para Quebec, Detroit y Michilimackinac, papeles que daban importantes noticias acerca de los proyectos del coronel Hamilton, gobernador de Detroit, el cual intentaba atacar vigorosamente las fronteras de Virginia. De este modo supo Clarke que

confiando Hamilton en la impunidad y en lo difícil que era acercarse á él, acababa de destacar á todos sus indios á la frontera, y se hallaba entonces tranquilo en San Vicente sin mas guardia que unos ochenta soldados y tres piezas de artillería. Aunque Clarke solo podia disponer de unos ciento treinta hombres, resolvió aprovecharse de la situacion en que se encontraba Hamilton para atacarle, y calculando que aquel era el único medio de salvarse á sí mismo y desconcertar los planes de su enemigo, dispuso que á principios de febrero de 1779 saliese una galera armada de cuatro pedreros con cincuenta soldados para situarse en Wabash, punto que se encuentra á pocas millas de San Vicente, á fin de cortar el paso por aquel sitio. Hecho esto, Clarke emprendió la marcha con su escasa tropa, y para atravesar el pais que se encuentra entre Kaskaskias y San Vicente empleó diez y seis dias, durante los cuales sufrió increíbles fatigas, pues tuvo que cruzar espesos bosques y un espacio de cinco millas cubierto de pantanos y lagunas, cuyas aguas llegaban á veces hasta el pecho de los espedicionarios. Despues de vencer inmensas dificultades llegó al fin al punto de su destino y cayó de improviso sobre San Vicente, cuyos habitantes se sometieron sin resistencia. Hamilton se defendió al principio en el fuerte, pero al dia siguiente rindióse con su guarnicion como prisionero de guerra. Por su actividad en escitar la saña de los indios y por las muchas enormidades que les permitió cometer, Hamilton se habia hecho tan odioso, que el Consejo ejecutivo de Virginia le arrojó en una prision con algunos de sus agentes, cargándolos á todos de cadenas.

El servicio prestado por Clarke fué muy beneficioso para sus conciudadanos, pues no solo desconcertó los planes de Hamilton, sino

que libró á la frontera occidental de Virginia de las incursiones de los salvajes, cuyo ardor se resfrió entonces al reflexionar que en aquella lucha no era probable salieran muy gananciosos.

Por ventajosa que fuese la alianza francesa para la causa de los Estados-Unidos en general, no dejó sin embargo de producir desagradables consecuencias. Tanto las empresas públicas como las privadas se paralizaron; comenzó á reinar la mayor indiferencia en todas las operaciones; los americanos, considerando que ya estaba asegurada su causa, y fatigados de tan prolongada lucha reflexionaron entonces detenidamente acerca de los sacrificios que les exigirían sus aliados, y por último el reclutamiento de tropas se hizo con una deplorable lentitud, experimentándose las mayores dificultades para proveer el ejército de todo lo necesario. Las numerosas emisiones de papel moneda produjeron funestas consecuencias; los esfuerzos que se hacian para sostener los valores fueron completamente inútiles, pues un solo duro en caja valia mas que ocho ó veinte en billetes de las colonias, y los apuros se aumentaron aun mas á consecuencia de la inmensa cantidad de billetes falsos que circularon los Tories. De aquí que los precios de toda clase de artículos se elevaran de una manera fabulosa, y esto abrió ancho campo á las operaciones de los especuladores y contratistas, que se enriquecieron fácilmente á costa de la miseria de su pais. Nadie sufrió mas que el ejército con semejante estado de cosas, pues todo se puso tan caro que en la Carolina un solo par de zapatos costaba setecientos duros en papel, y la paga de la oficialidad era apenas suficiente para atender á sus primeras necesidades. Al hablar de aquellos infames especuladores, dijo Washington una vez: «Permita Dios que esos mi-